

AL/F. 13-3

AL/F. 13-3

NOTAS CRÍTICAS

PARA

LA FORMACION DE UN PLAN DE EDUCACION

DE LA MUJER.



Almería, 1871.

IMPRESA DE D. CRISTOBAL LOPEZ VELA.



AL/F. 13-3

NOTAS CRÍTICAS

PARA

LA FORMACION DE UN PLAN DE EDUCACION

DE LA MUJER,

POR

Antonio Atienza Medrano.



Almeria.--1871.

IMPRESA DE D. CRISTOBAL LOPEZ VELA.

A LA MEMORIA DE MI QUERIDA MADRE

D.^a JOSEFA MEDRANO.

A ella pertenece este primer
trabajo de su hijo.

F. Atienza.

LA MEMORIA DE NUESTRO PADRE

D. JOSE A. MEDRANO

A esta memoria se debe el nombre

de este libro

El autor de esta memoria se llama José A. Medrano y nació en el día 10 de Mayo de 1810 en la ciudad de Mérida, Yucatán. Fue un hombre de gran talento y de gran actividad. Se dedicó a la enseñanza y a la política. Fue uno de los fundadores del partido liberal y uno de los más activos miembros de él. Su obra más importante es el libro "La memoria de nuestro padre" que trata de la vida y de las ideas de su padre, don José A. Medrano. Este libro es un testimonio de la vida y de las ideas de un hombre que fue un verdadero patriota y un verdadero liberal. Su obra es un libro que merece ser leído por todos los que se interesan por la historia de Yucatán y por la historia del liberalismo en México.

I.

Los apellidados *maestros*, en el orden gerárquico del saber, han gozado por mucho tiempo, á la manera que otras vetustas autoridades, del pomposo dictado de infalibles; y desde el trípode sagrado de su poco envidiable sabiduría, han lanzado sentenciosas afirmaciones saturadas de presuncion, que traducidas despues en frases compendiadas, han venido á ser pasto del sentido comun histórico de toda una edad, ó de todo un pueblo. Tales sábios, para quienes la interesante ciencia de la vida descansa en la mera observa-

cion de los hechos, han estudiado el hombre en esas manifestaciones pasajeras, en esa perpétua mudanza, en ese cambiar interminable, que forma la delicada trama de la vida. Nada han reconocido en él como permanente é inmutable, que pudiera servir de norma y ley para su conducta. Así que, embarazados en el laberinto de las relaciones humanas, han terminado por confesar que el hombre camina á merced de una voluntad caprichosa, siendo imposible, por tanto, el perfecto conocimiento de su naturaleza, la cual es suelo vírgen al nacer, donde pueden arraigar lo mismo las espinas y las flores, segun la direccion que á sus naturales fuerzas imprima el impulso exterior de la sociedad y de la familia.

Bajo el mismo criterio, pero tocado mas su juicio de parcialidad por la mayor participacion del sentimiento, han hablado aquellos de la bella mitad de nuestra especie. La mujer les ha parecido un arcano, un enigma, una antítesis continua, una contradiccion insoluble: y

así ha llegado la mujer hasta nuestros días, y así es como la concibe la sociedad de hoy, y así es como los pinceles la retratan y la imaginan los poetas, y así como la expresa el sentido lenguaje de la fantasía popular: ángel y demonio, risa y llanto, noche y día, luz y sombra. El áspid de la sátira ha inoculado su virus en toda la economía del sexo débil, y se ha visto en la necesidad de finjir para engañar al hombre que tan ágricamente la censura y escarnece, viviendo el uno y el otro de mútuos recelos y de recíprocos engaños. Doloroso es en verdad el cuadro que de la mujer nos ha hecho hasta ahora la crítica; doloroso y desconsolador el vacío que siente el corazón, ávido siempre de emociones, siempre necesitado de relaciones afectuosas; mas doloroso y desconsolador todavía el espectáculo que nos ofrece la familia, agrupación mas bien hoy ligada por relaciones de subordinación y dependencia, que divino santuario donde el hombre se forme, donde el corazón se purifique y la voluntad

se fortalezca, mediante la solicitud y cuidado de la mujer, ángel tutelar de los hijos y sacerdotisa del hogar.

¿Habrá de estar condenada la mujer, por ventura, á luchar eternamente consigo, solicitada por el bien de una parte, arrastrada de otra por el mal, siempre tropezando, siempre cayendo, sin rehabilitacion definitiva posible, sin que haya medios bastante poderosos para vencer las malas tendencias que la pervierten y desvirtuan? Tal es la opinion que impera en nuestro siglo. Mas nó, y mil veces nó: la regeneracion de la mujer es posible, segura, necesaria. No es la mujer la única responsable de su postracion y abatimiento, sino que lo es tambien, y en primer término, la sociedad que con el dedo la señala, despues de haberle comunicado todas sus imperfecciones, despues de haber abandonado por completo su educacion y su cultura.

¡Oh mujer! Sí, como yo deseo, alumbra con los luceros de tu rostro estas oscuras líneas; escritas expresamente para

tí, sabe de antemano que mi propósito está muy lejos de ser el de dar pábulo á tu vanidad lisongeándote; quiero hacerte un bien interesando tu inteligencia para que trates de conocerte y perfeccionarte, empleando los medios que la razon ordena; ese bien (no lo dudes) será tanto mas grande, cuanto mayor tu anhelo por conseguirlo. No porque proteste contra la ridícula caricatura que de tu naturaleza comunmente se hace, he de faltar á la verdad por amarga que sea; te la mostraré desnuda y sin atavios que oculten sus fealdades. Que cuando el hombre expone ante los demás, para el aprovechamiento de todos, el fruto de su reflexion, no debe ser obstáculo bastante, por mas que poderoso á manifestar leal y fielmente su pensamiento, el temor de encontrarse frente á frente con el esquivo y adusto ceño de las hermosas.

No es del caso acometer un estudio profundo y detallado de la mujer en la Humanidad. Delinear en sus rasgos capitales la esencia y naturaleza del hom-

bre, comun á la mujer, y reparar despues en lo característico de ésta, es trabajo que basta á nuestro fin; tanto porque es la manera de averiguar si es posible mejorar y levantar el estado en que la vemos hoy, cuanto porque en su misma naturaleza, y no fuera de ella, hemos de hallar las bases para su educacion y mejoramiento.

Hemos dicho ya que es comun á la mujer todo lo esencial que hay en el hombre; y en efecto, el hombre es un ser en que se encuentran unidos y armonizados dos seres distintos y aun opuestos, la Naturaleza y el Espíritu, y ser de union esencial, de espíritu con cuerpo es la mujer del mismo modo. Conoce, siente y quiere el hombre, y conoce y siente y quiere la mujer; todo lo esencial de la Naturaleza se dá en el cuerpo del hombre como en el de la mujer, y uno y otro se relacionan mediante el cuerpo con la Naturaleza y con sus semejantes. El hombre tiene un fin, el cual no es otro que lo esencial de sí propio que debe rea-

lizar en la vida, y que constituye por tanto el fondo y contenido del deber, y *fin* y *deber* son tambien en idéntico modo á la mujer comunes. La interior conformidad, en suma, que se nota en la humana naturaleza, de tal modo que es el hombre el mismo en la integridad de su esencia que en el último estado realizado en la vida, conformidad interior que hace del hombre un ser de propio *Bien*, existe igualmente en la mujer, y aquel y esta deben cumplirlo por ser en ellos natural, como la conciencia declara y atestigua. Detengámonos algo en esta última consideracion antes de pasar adelante.

La mujer es un ser de propio bien; el bien es natural en ella y por eso debe cumplirlo. Y el mal, se dice, ¿no es igualmente natural? ¿Deberá hacer el mal entonces? ¿Cómo se resuelve esta contradiccion? Y ya tenemos aquí á la mujer convertida, como hemos repetido otra vez, en una antítesis viva é insoluble. No recurramos á grandes elucubraciones ni revolvamos muchos volúmenes para re-

solverla; el sentido comun y el lenguaje diario tienen resortes poderosos para despertar la conciencia adormecida y luces demasiado claras para reconocer su fondo y hallar verdades de inmensa valía, que eternamente lleva el hombre consigo, pero de las cuales no se dá cuenta por lo general, perdido en la distraccion y aturdimiento de una conducta irreflexiva y descompuesta. Mil frases de las que por mas triviales y sencillas tenemos, de esas que espontáneamente pronunciamos, que buscan por ley fatal todas las inteligencias y que viven en todos los lábios, nos están enseñando de continuo lo que constituye el bien y lo que constituye el mal; la naturalidad del primero, lo contra-natural del segundo; lo pasajero y accidental de éste, lo permanente y esencial de aquel; la disminucion progresiva del uno y el aumento cada dia creciente del otro. Cuando vemos una persona que piensa erradamente, que tiene sentimientos aviesos, que obra mal en suma, sea cualquiera la es-

fera y órden en que los verifique, decimos que tal persona está *descaminada, extraviada, pervertida, fuera de camino*; palabras todas que el sentido comun entiende sin dificultad y que suponen todas ellas apartamiento, desviacion mas ó menos notable de una senda derecha, de un camino supuesto ya como trazado rectamente por mano maestra. Este camino recto é invariable es el bien: las desviaciones á que por tiempo siempre limitado se entrega el hombre, pero que son menos cada dia, constituyen el mal, siempre remediable, con solo enderezar al pervertido por la senda divina del bien, cómoda y segura, y que está á cada paso solicitando á los viajeros de la vida.

Siquiera sea de pasada, debemos en este punto rectificar una preocupacion reinante. Se ha dicho, y aun hoy mismo se dice, que la ruta que al bien conduce es estrecha, torcida y espinosa; que se necesitan esfuerzos gigantescos para proseguirla sin desfallecer hasta su término, y todavía mayores para resistir la influen-

cia de la tentacion, de ese ángel malo de todas las mitologías, forjado por las imaginaciones orientales, y que no es sino el hombre mismo cuando de sí propio se olvida y desoye la voz de la conciencia. No es escabroso ni estrecho el camino del bien, sino antes por el contrario, llano y espacioso; no son necesarias fuerzas extraordinarias para proseguirlo, no es patrimonio exclusivo de los fuertes, ni para pasar por él hay escogidos; son necesarias pocas fuerzas, es fácil para todos, y todos pueden en todo tiempo marchar por él. aunque se encuentren muy apartados: los aires de la virtud refrescan y purifican, regeneran y fortalecen.

Si el lenguaje diario y el sentido común nos muestran de consuno que en la mujer lo permanente, lo esencial, lo que tiene fijeza es el bien, no consistiendo el mal en otra cosa despues de todo, sino en no haber llegado todavía á conformar tal ó cual acto ó una série de ellos con lo que la esencia humana reclama, hay otros medios que lo dicen acaso con ma-

yor claridad y con mas segura garantía. ¿Qué significa sino lo que antes hemos visto esa voz poderosa y temible que nos avisa del mal antes de efectuarlo, que nos juzga y nos condena después? ¿Qué esa misma voz, que los sentidos no oyen pero que el alma la comprende, cuando hacemos un bien máximo ó mínimo, armoniosa, dulce y llena de cariño para con nosotros entonces? ¿Quién sino nuestro propio ser puede saber tan bien nuestros secretos? ¿Cómo sino siendo esencialmente bueno nuestro ser, puede disgustarse y condenarnos inexorablemente cuando lo contradecemos y desconocemos? ¡Oh, sí, la mujer es esencialmente buena; eminentes críticos, sábios ilustres, la mujer es buena por naturaleza y solo mala por la educacion que le prestan los mismos que la censuran.

Hay en la mujer un fondo inagotable de bondad, una riqueza imponderable de purísimos sentimientos; los del hombre serán acaso mas estables, pero son mas delicados los suyos: el hombre, valiéndose

se de la reflexion, conocerá con mas firmeza, profundizará mas su pensamiento; pero la mujer conoce antes, valiéndose de una intuicion agudísima, y bien pudiera decirse que si el hombre reflexiona y conoce, la mujer adivina é inventa. Dotado el hombre de mayor energía, de un carácter mas decidido y entero, parece nacido para marcar la ley y la direccion en la vida de los pueblos, para regir y gobernar esas primeras y mas importantes relaciones de la humanidad en su desarrollo; la mujer, de carácter menos igual, de menos decision y entereza, pero atenta por la viveza de su imaginacion al último detalle y á la mas insignificante circunstancia, parece destinada á vivificar las íntimas relaciones de la familia, á llenar de atractivos y de encantos el santuario de la casa. La vida de las relaciones externas, es predominantemente la vida del hombre: la de las relaciones internas, la vida de la muger. Tales son en principio, las diferencias que los distinguen, y que marcan varia-

ciones notables en el plan de educacion que debe formarse para cada uno de ellos.

Lo que á la mujer se refiere es lo mas importante en órden á nuestro objeto; ya tendremos ocasion de ampliarlo, al indagar las bases capitales necesarias para formar un sistema de educacion. Entretanto, quedemos tranquilos en la seguridad de que la mujer es buena y de que, si á veces obra mal, esa maldad es eternamente rectificable. Y pues que ya hemos examinado el aspecto que la enaltece, veámos ahora el aspecto que la rebaja, para que sepa dónde está el mal, y pueda en su vista corregirlo y aun estirparlo.

II.

Estamos en un punto verdaderamente crítico por muchos conceptos: crítico, por que tratándose de la educacion de la mujer en nuestros dias y debiendo hacer aquí un exámen detenido de su actual es-

tado, decide de la importancia práctica de este opúsculo y del interés que por dicha razon logre despertar; crítico, por que en él me reconozco obligado á decir verdades amargas muy de frente, lo cual es poco usado en estos tiempos de formalismo y de adulacion; crítico, en fin, por que se hace en él indispensable manejar el escalpelo de la crítica, para poner en claro ciertos lugares, en donde ha penetrado muy poco todavía la luz de la sinceridad. Y aun no fuera este punto para mí tan repetidamente crítico, sino comprendiera que necesito salir airoso del análisis que pretendo efectuar, como única manera de responder á las irónicas frases de algunos viejos que me parece estar escuchando. Que es achaque comun en los que tienen ya la cabeza nevada, el mirar los razonamientos é ideas de los jóvenes como ilusiones y ensueños fantásticos, utópicos é irrealizables. Mas á pesar del respeto y consideracion que merecen los autorizados fallos de esos magestuosos siglos de dos piés, los jóve-

nes entramos en deseos de echar nuestro cuarto á espadas, como suele decirse, y no hay poder humano que consiga hacernos desistir de semejante propósito. Animo, pues, y manos á la obra.

Con decir que la mujer es natural, esencialmente buena, segun hemos reconocido satisfechos en el capítulo anterior, no está dicho todo. Esa bondad, que es eterna, es tambien temporal; y por esto es exigida la oportunidad en el cumplimiento del deber hasta tal punto, que cada momento reclama su adecuado y propio bien, el cual fuera de su lugar se desfigura y pervierte. Tan delicado y difícil se comprende que debe ser el arte de la vida. Pues bien, la mujer en el ejercicio de sus deberes, mediante la libre actividad de que está dotada, puede poner y pone de hecho con frecuencia un bien en el lugar á otro correspondiente, ó deja de cumplir el exigido para un momento dado; y de esta suerte por tiempos, que absorben á menudo toda la existencia de una persona, se enseñorea el mal en el

mundo, ocasionando enfermedades crónicas al espíritu, mas difíciles de curar que todas las afecciones del cuerpo. A la sociedad y á los hombres que dedican su vida al mejoramiento de ella sobre todo, toca medicinarlas con eficacia y con la posible diligencia; pero á veces la sociedad y el hombre descuidan estos males; y cubriendo las apariencias con expedientes cómodos para salir del paso, los alimentan y contribuyen á aumentarlos, merced á tratamientos inútiles, cuando no en grado sumo perjudiciales. Y no otra cosa que un expediente para salir del paso es hoy la educacion de la mujer española: el exámen de esa educacion nos llevará como por la mano á conocer el estado lamentable de nuestra querida compatriota.

La educacion que hasta el dia se recibe por todos y especialmente por la mujer, es superficial y fragmentaria: hé aquí sus dos capitales defectos. Con el primero, hemos conseguido que la mujer adquiriera un mucho de frivolidad al paso

que un nada de circunspeccion: con el segundo, la hemos hecho que viva en un perpétuo estado de duda, sin saber como armonizar sus deberes, ni concertar el cumplimiento de los fines que integran su mision en el mundo. Y no es extraño de aquí que, salvas rarísimas escepciones, la mujer no haga sino buscar medios para deslumbrar engalanándose, que no piense sino en el *qué dirán* de los que la conocen, que se ocupe mas de las vidas ajenas que de la propia y que busque la sancion de sus actos en la sociedad que la contempla, y nunca ó casi nunca en la satisfaccion y tranquilidad interior de la conciencia, único verdadero juez competente de nuestra conducta.

A dos se pueden reducir las especies de educacion que se dá á la mujer en España. Hablamos de lo que por su general observancia hace costumbre, sin negar que haya tendencias sumamente benéficas en algunos círculos hácia otros sistemas mas racionales y completos. Decíamos que la mujer en España se educá

de una de dos maneras distintas: ó para el trabajo mecánico exclusivo que fatiga y agobia, ó para la ostentacion y la molicie que enervan y corrompen. Las clases menos acomodadas, cuya situacion es harto lastimosa, siguen casi por necesidad el primer camino; el segundo está reservado á las clases privilegiadas; y la llamada clase media, si es cierto que procura educar á la mujer para el trabajo, es con el propósito de escalar las posiciones de las primeras clases, superar su ostentacion y corromperse al cabo.

Nada hemos de decir sobre la educacion que reciben las clases desheredadas; el sol les amanece trabajando y les sorprende la noche rendidos de fatiga: carecen de los medios indispensables para subsistir y sobrellevan una vida de privaciones y de miseria; contestamos á sus lamentos, con un ligero signo de compasion, y hacemos todavía alardes de caridad evangélica, cuando les arrojamos desdeñosamente las migajas de nuestro festin. Mientras ese estado de abyeccion

no desaparezca, ¿qué se puede exigir de la mujer educada en su seno? Que no pase de ser una máquina movida por la rueda dentada de la necesidad y por el resorte poderoso de la conservacion; pues solo la mujer de espíritu muy levantado y resuelto logra vencer los obstáculos que á su paso se oponen, y salvar esa valla poderosa que le cierra todos los caminos de la vida, libertándose de la monotonía y acompasado ruido del trabajo material. Y gracias si en estas arriesgadas salidas, como hechas sin preparativos, no ocurre una desgracia que ocasione la infelicidad de la mujer para todos sus dias. Antes de educar esas clases, es preciso colocarlas en condiciones para que esto sea posible, y fuera empeño vano pretenderlo, sin antes mejorar sus intereses materiales.

Tampoco deben llamar por ahora nuestra atencion ni las aristocracias de la sangre, ni las aristocracias de la fortuna: aquellas, en los pasados siglos ilustres, acarician en el presente los últimos recuerdos de sus antiguas glorias; estas,

nacidas poco há de enmedio de la plebe, avérgonzadas de sí mismas, no saben donde hallar sosten para perpetuarse; si en los alcázares de los reyes, ó en las barricadas de las turbas; y las unas y las otras aristocracias viven amedrentadas é inquietas, arrastran una existencia miserable y olvidan la inestabilidad de su posición ahogando sus terrores en la confusión de los placeres no interrumpidos, y embriagándose en el vertiginoso mareo de la crápula y de la orgía. Las unas y las otras aristocracias—mal llamadas tales—y los miembros todos, que las componen, forman una especie de sociedad de seguros contra las reformas y contra el progreso, enemigos declarados del privilegio y de las injusticias. Son estos por fortuna elementos de poco valor en las sociedades modernas, y la muerte del monopolio que disfrutaban está cercana; si Dios no lo remedia y persisten encastillados en los últimos baluartes de su poderío, no ha de pasar mucho sin que tengan que lamentar y todos con ellos las

consecuencias de su obstinacion imprudente. Entonces comenzará para esas clases una nueva era y entonces solo la reforma de su perversa educacion.

Sirviendo como de trabazon y enlace de los mencionados elementos extremos de nuestra sociedad encontramos la decantada clase media, depositaria de los intereses conservadores, arca de la alianza donde se trata de conservar incólume la herencia de la tradicion: el negocio es su vida, su Dios el egoismo, el tanto por ciento su dogma religioso. Ella forma en el dia la base del edificio social, el núcleo central de todas las relaciones; y si es cierto que están echados para que fructifiquen en el porvenir gérmenes de provechosas influencias, ella representa el presente: hacer su juicio crítico es ni mas ni menos que hacer el juicio crítico de nuestro estado. Estudiar la mujer de la clase media, es estudiar la mujer de nuestro siglo: veamos su educacion en España y marquemos sus imperfecciones y sus extravíos: sabiendo don-

de reside el mal y conociendo su naturaleza, no será difícil buscar entonces medios para corregirlo. Tomaremos á la mujer en la cuna y la llevaremos de la mano por todas sus edades.

La satisfaccion y la alegría son los huéspedes preferidos de todas las casas el dia en que tiene lugar el nacimiento de una criatura; entra en el mundo sin darse cuenta y trae ya sobre sus débiles hombros el peso de un pecado que no cometió, pero que cometieron sus primeros padres por ella; es hembra la recién nacida y su madre se vé complacida con el logro de sus mas ardientes deseos; ésta soporta con resignacion y sufre hasta con placer las impertinencias del nuevo vástago; el esmero y soliciud de una madre en esos primeros momentos de nuestra vida no tienen límite; afabilidad, terneza, dulzura, abnegacion, desvelos y paciencia son virtudes y atributos sagrados que hacen de una madre el ser mas adorable de la tierra. ¿Es posible exigir mas de ella? ¡Oh! nó seguramente. Y si todas

las mujeres por lo general son madres, que vengan á decirnos los críticos si la mujer encierra ó nó fuentes inagotables de bondad, si nada encuentran en la mujer digno de admiracion y de respeto. Que pregunten á esos pesimistas, uno á uno, por el juicio que les merecen sus madres, y veremos qué nos contestan, puesta la mano sobre su corazon.

Desde que la pequeñuela comienza á balbucear el dulcísimo nombre de madre hasta la edad en que se hace casadera, se extiende el mas interesante y difícil período de su vida: el período de su educacion, la época de su desarrollo físico y espiritual: en uno como en otro se sigue la rutina, la práctica establecida por la costumbre. Lamentamos en el primero la carencia de una higiene doméstica racional, que hiciera la vida del cuerpo mas duradera y menos achacosa; pero respetando ese campo, que es en nuestro tiempo cultivado con esmero laudable, penetremos en los dominios del segundo, el cual en nuestro pais ha permanecido

realmente abandonado hasta hace poco. A la enérgica iniciativa de un prelado ilustre, catedrático de la Universidad de Madrid, se deben los casi únicos trabajos hechos en España durante los tres años últimos; y faltaríamos á un deber de estricta justicia, sino hiciéramos constar la firmeza y abnegacion con que este gran hombre ha persistido en su benéfico pensamiento. (1)

En casi todas las naciones sucede, pero con mayor razon en España, que la mujer se educa para el matrimonio y solo para el matrimonio; porque es cosa corriente el pensar que no tiene otro porvenir, ni otra profesion, ni mas medios de vida que el casamiento. De aquí nece-

(1) Sabido es por todos que despues de la Revolucion de Setiembre, Don Fernando de Castro, Rector entonces y catedrático de Historia Universal, en la Universidad de Madrid, estableció una série de conferencias dominicales para la educacion de la mujer, que despertaron el interés de las señoras madrileñas, siendo ya hoy muchos los círculos de enseñanza creados á semejanza del primero.

sariamente resulta que lo primero que aprende la mujer es la manera de enamorar con sus hechizos; la elegancia en sus ropages, el aderezo en sus cabellos, etc., son encantos postizos que sabe bien pronto añadir á sus encantos: esta es la verdad de lo que pasa sin quitar una coma.

De la parte científica de la educacion propinada á las Evas, apenas si tiene que ocuparse la crítica, pues es casi nula: lo mas general, lo que hace norma y regla es que se reduzca la cultura científica á leer regularmente y á medio traducir el pensamiento en algo que se quiere parecer á escritura. Las que tienen noticia de las capitales de Europa y de los nombres célebres de nuestra historia, son tenidas en calidad de sapientísimas. Para descargo de nuestra conciencia debemos confesar, sin embargo, que suplen la falta de conocimientos en la Ciencia con la cultura literaria que adquieren leyendo las novelas mas estravagantes y fantásticas, afectándose de una especie de

interesantismo romancesco, capaz de hacer soltar á un muerto la carcajada. Consecuencia inmediata de esto es la falta de acierto para todo lo que ejecutan; y en el trato social á que son tan aficionadas las gentes de ahora, lo insulso de las conversaciones, proveniente de la superficialidad del pensamiento.

Artísticamente presume la mujer que ha adelantado mucho, y en realidad ha progresado muy poco. En las artes mecánicas se reduce toda su educacion al arte de la aguja, pero á la altura—y no siempre—de las necesidades mas apremiantes de la casa. En las artes llamadas liberales por unos, bellas y nobles por otros, no han sido hasta ahora mas afortunadas: la Música que es la mas cultivada, se mira como cuestion de mero adorno, nó como elemento necesario para satisfacer necesidades del espíritu y suavizar su rusticidad: que muy á menudo encontramos en un cuerpo y exterior delicioso un carácter montaráz y salvaje. De aquí que la fantasía y el corazon, ma-

nantiales de idealidad y sentimiento, predominantes en la mujer, se mantienen atrofiados y secos, faltos de sávia con que nutrir sus venas, por naturaleza riquísimas.

Existe una razón muy poderosa para que la moralidad se encuentre hoy torpemente desconocida y desfigurada; es nuestra sociedad en extremo positivista, el interés cierra la entrada en nuestro corazón á todo sentimiento generoso, y el egoísmo grosero lo tenemos elevado á la categoría de númen inspirador de nuestras acciones. Hacer el bien por el bien mismo, sin otra mira interesada ni extraños motivos, es voz imperativa de la conciencia que no escuchamos, porque tenemos tapados los oídos del alma. Toda una série de cálculos fríos precede á cualquier empresa que proyectamos; no el bien que puede resultar de ella, sino exclusivamente el que á nosotros se refiere, nos mueve á efectuarlo, y así acontece por lo común que las obras llevadas á cabo son raquíticas, incompletas y como producto

helado de mero entendimiento, obras muertas, obras sin corazón y sin entrañas. En la atmósfera de esta corrompida moral se educa la mujer, incapacitándose para la recta aplicación de su voluntad á las obras. ¿Quién dijera que hasta el amor, purísimo y elevado sentimiento, la más dulce de todas las afecciones, el más conmovedor suspiro de nuestra alma; quién dijera que hasta el amor, niño inocente, desnudo y ciego para los antiguos, había de convertirse, disfrazado con los historiados ropajes de la mentira, en viejo calculador, en una especie de prestamista y usurero? La pluma se revela á estampar los desastres producidos por el abandono en que yace esta importantísima relación y fin de nuestra existencia.

Ocioso y aún extemporáneo parecerá á muchos el que hablemos de Derecho ocupándonos de la mujer, y sobre todo para aquellos que entienden esta relación como nacida únicamente de la convivencia político-social de los hombres constituidos en nación. Mas el Derecho es ante

todo una propiedad ó atributo de los seres racionales y como tal es propio de la mujer; y despues de esto, el Derecho se diversifica en tantos círculos cuantas son las esferas sociales, y en calidad de miembro de todas ellas, especialmente de la familia, goza tambien la mujer de peculiares derechos, correspondientes á la mision que le toca desempeñar. Antes de ahora hemos dicho con dolor de nuestra alma, que la familia hoy consiste mas en una agrupacion mantenida por relaciones de subordinacion y disciplina, que centro educador donde el hombre se forma y del cual salga luego suficientemente desarrollado para constituir otra nueva. Y en efecto, los derechos de la mujer en la familia han sido desconocidos hasta ahora en leyes y costumbres: el derecho para ejercer la tutela sobre los hijos y la consiguiente autoridad ha estado reservada al padre con menoscabo de la mujer su compañera; y si esto ha sucedido con la madre, todavía acontece con la hija de familia y con los hijos en general, depen-

diendo todos estos errores de la ignorancia en que se encuentran padres é hijos acerca de los derechos y deberes que deben regular los lazos recíprocos en el estado de familia. Las discordias frecuentes de los esposos entre sí y con los hijos, si nó todas, muchas de ellas, tienen su raiz en el desconocimiento de estas materias; pues por mas que prediquen y declamen contra los llamados teóricos los que de prácticos presumen, la voluntad no puede dirigirse nunca en sus obras hácia lo que desconoce por completo; y tanto mejor cumple el hombre sus deberes, ó tanto mas para él es esto al menos posible, cuanto con mayor claridad lo vé su inteligencia. Además, lo desconocido es imposible que interese á nuestro corazon; el sentido comun lo dice con una verdad irrecusable: *ojos que no ven, corazon que no siente*; y allí donde el corazon no intervenga vivificando con el sentimiento las obras, allí tambien el hombre desfallece y muere en la apatía. La mujer no conoce hoy sus derechos en la Sociedad

ni en la familia, y sin esto es un sueño pretender que los sienta, ni menos que los cumpla. Los hechos en calidad de testigos lo confirman hasta la saciedad.

Con deliberado intento hemos dejado para remate de nuestro exámen crítico la mas importante de todas las cuestiones: la cuestion religiosa. Aparte la importancia que esencialmente tiene la religion en la vida del hombre, en cuanto toca á la relacion mas alta de su vida, á la de su union con el Ser Supremo, y bajo él y por su mediacion con todos los demás seres, tiene una importancia relativa tambien, en tanto que suple temporalmente la falta de toda otra educacion y freno para las acciones; y hé aquí la razon principal que hace respetables todas las formas de adoracion y culto empleadas por los hombres, divididos en la manera de comprender y realizar la religion, pero todos conformes nativamente en la unidad de su principio; el cual debe concluir con los ódios y rencores engendrados por la diversidad de las creencias,

y perpetuados por el interés egoísta de algunas clases é instituciones humanas. Y no es esto solo: las alas del pensamiento en la religion se extienden por el infinito, y satisfacen de ese modo la idealidad grandiosa que á la mujer caracteriza; esto unido á que la religion se refiere más al corazon que á la cabeza y en la mujer el sentimiento predomina, tiene este asunto para ella todos los encantos imaginables. Tan provechoso como puede ser, sin embargo bien entendido, tan graves males puede originar mal interpretado. Veamos de qué manera y hasta qué punto se educa religiosamente á la mujer contemporánea.

No es por fortuna ya el génio de las venganzas el Dios en que creemos; no es ya aquel Dios en cuya diestra se estremecía el rayo de la cólera celeste, no es aquel Dios que sepultaba la humanidad en los horrores de un diluvio, que arrasaba ciudades enteras abrasándolas; no es el Dios del terror el Dios de nuestro siglo; pero tampoco es el Dios Amor pre-

dicado ardientemente por el Cristo. El Dios en que se apoya la creencia de nuestros padres, el Dios que nos han enseñado es la suma de la humildad y de la ira, el Dios de la predileccion y de la igualdad, tiene el látigo del verdugo en una mano y el bálsamo de la caridad en la otra, ángeles á la diestra y á la siniestra demonios, un infierno para los réprobos. un cielo para los escogidos. Así Dios se ha hecho á nuestra vista monstruoso, así se ha hecho Dios para nosotros incomprendible. Tal es en realidad la base de la educacion religiosa que la mujer recibe; sobre ella ha de cimentar todo el edificio de sus creencias. Bajo el influjo de semejante concepcion, unas veces la mujer se abandona confiada en la bondad y misericordia infinitas del Creador, aguardando con serenidad el perdon de todos sus extravios, y otras veces por el contrario se amedrenta ante la mas pequeña falta, creyendo verse siempre rodeada de legiones infernales que la persiguen.

El cumplimiento de los deberes religiosos viene luego, constituyendo un sistema de adoracion y culto, formado en su mayor parte de exterioridades. Aquellos deberes se reducen para la mujer á recitar algunas oraciones sin darse cuenta de ellas las *mas veces*, depositar en otra persona los secretos de su conciencia, hacer por intervalos periódicos actos de contricion para la enmienda ineficaces, visitar con frecuencia los templos y otras cosas análogas. Entre tanto se permite y aun se enseña á la educanda el uso hábil de la punzante sátira, la intervencion en la conducta agena para censurarla mas nunca para corregirla, el despego y desafecto con sus semejantes, la altivéz con los iguales y la adulacion con los superiores, la hipocresia en el trato social y el empleo de la mentira para salvar los compromisos. Se piensa que desaparecen todas las manchas con el agua milagrosa de la penitencia, y no se tiene gran repugnancia en repetir las mismas acciones, seguras de poder, cuando á bien ten-

gan, obtener el perdón absoluto de sus culpas. Se tiene por mas religioso al que se dá mas golpes de pecho y al que mas á menudo entona el *Yo pecador*, aunque despues de tanta buena palabra y tanta exterioridad y ceremonia no hayan llevado á término ninguna buena obra. Esto es lo cierto de lo que acontece, sin contar otras muchas cosas que pasan, y no habrá uno solo que se atreva á negar la realidad de lo que afirmamos, pues fuera tanto como negar la realidad de su propia existencia.

Con esa forma de religion no se hace religiosa la vida, y se vuelve por tanto estéril é infecunda: la religion y sus deberes forman así una especie de paréntesis que nos divide, haciéndonos escrupulosos hasta la ridiculéz en el cumplimiento de un rito ó mística ceremonia y de ancha conciencia para cometer faltas de consideracion. Este aspecto de la educacion, el mas interesante quizá para la mujer, exige ser rectificado con prontitud; pues la indiferencia y el escepticis-

mo lo invaden todo, la carencia de sólidos principios originan continuos sacudimientos y los ídolos de las generaciones caducas, las preocupaciones de todas las edades, los errores de todos los siglos se estremecen y amenazan ruina.

En suma: casi nulidad en la Ciencia, en el Arte frivolidad, en la Moral egoísmo, servidumbre ó potestad en el Derecho, formalismo en la Religión. Tales son los defectos de que adolece la educación de la mujer, cuando se juzga ya preparada suficientemente para la vida matrimonial; bosquejaremos esta en su actual estado, al par que acentuemos la necesidad de reformar la educación de la mujer. Pero el matrimonio necesita lugar aparte; y cerrando en este el presente capítulo, le consagraremos el que sigue.

III.

A poco que repare cualquiera en la na-

turalidad de la mujer, en su eterna perfectibilidad y en la imperfeccion de su estado presente, echará de ver la imperiosa necesidad de una reforma en su educacion. Mas si, educada como hemos visto, la estudiamos en su vida matrimonial, hallaremos razones de aplicacion mas inmediata para juzgar aquella reforma indispensable. Son la mujer y el hombre partes complementarias de un todo superior á cada uno de ellos: y al modo como se establece la atraccion en la Naturaleza entre los contrarios polos magnéticos, se constituye en la humanidad el amor entre sus dos sexos contrarios, y se forma por medio de la union un ser humano en la integridad de todas sus propiedades. La comunicacion nacida de ese necesario consorcio ha de ser completa: precisa es la comunicacion material; pero es tambien precisa la comunicacion de las almas, la del pensamiento, la del corazon, la de la voluntad para las resoluciones; cuando así no sucede y se descuidan algunos puntos de esta rica, compleja relacion,

el matrimonio se encuentra mutilado, la vida se trunca y la union en rigor desaparece. De lo dicho se infiere que la cultura del hombre y de la mujer deben ir á compás, si han de permanecer concertados y concordés en su convivencia: está muy léjos de ser así.

Hay un desnivel enorme entre los individuos de ambos sexos; no tiene en verdad el hombre motivos para envanecerse, es muy ignorante todavía; pero lo es la mujer en mayor escala, y de aquí la imposibilidad de comunicarse, de aquí la gran distancia que los separa, cuando mas unidos los suponemos. Por esto nos sonreimos á la presencia de algunos timoratos, que se espantan al oír hablar de disolubilidad del matrimonio, sin considerar que muchas veces hay desunion y dissolution, allí donde los legisladores han puesto toda la fuerza del mandato y de la imposicion por evitarla. Pues qué, ¿acaso no está disuelto el matrimonio cuando el amor entre los cónyuges ha desaparecido, cuando huyen el uno del

otro, cuando no se respetan, cuando de-
jan de cumplirse los fines para que se
unieron? ¿Por ventura no está disuelta
una sociedad desde el momento en que
los asociados caminan á ciegas sin unidad
de miras ni de propósito? Lo que debie-
ran desear esas gentes asustadizas no es
que la ley lo ordene ni la fuerza lo im-
ponga; sino que tanto el hombre como la
mujer sepan la trascendencia de su enla-
ce, conozcan la posicion en que se co-
locan, y tengan la seriedad y circumspec-
cion necesarias para no arriesgarse á una
empresa tan comprometida, sino despues
de haber formado segura conviccion de
que podrán llevarla hasta su término.

Una de las principales entre las muchas
causas que han perpetuado el imperfecto
estado del matrimonio, ha sido el concep-
to extraviado que de él se tiene, por ha-
berlo siempre considerado bajo uno de sus
aspectos, olvidando los restantes. Quién
lo ha creido mera union natural para la
procreacion; quién lo mira y entiende co-
mo sacramento; quién solo quiere ver en él.

un contrato; y en conformidad cada uno con su pensamiento, ya ha encontrado lo esencial de su naturaleza en la reunion material de los dos sexos y en el nacimiento de los hijos, ora en las bendiciones de la Iglesia, ó bien ya en que el Estado lo reconozca y garantice; y ciertamente que todos desde su exclusivo punto de vista han corrido tras la sombra de la verdad, sin conseguir alcanzarla ninguno.

No es el matrimonio primeramente ni solo la mera union corporal para que la especie se reproduzca y se conserve; no es primeramente ni solo un sacramento, no lo crea ni hace la iglesia; ni es tampoco un contrato el matrimonio cuya validéz y garantía dependan de que el Estado quiera concederlas ó nó; sino que es una persona social, una sociedad natural de las llamadas universales, que nadie crea, que nadie constituye, y que está en la realidad de las cosas, siendo superior á todo poder y anterior á toda ley positiva. Despues de constituida determinada

mente esta sociedad natural, en la cual los asociados son los únicos verdaderos actores, vienen las sociedades é instituciones particulares á prestarle su sancion y entonces es cuando la Iglesia llega y la consagra, el Estado declara su validéz y la garantiza, y la Ciencia la reconoce. De no haberlo hasta ahora comprendido, depende el que cada cual se disponga para el matrimonio en aquello que juzga pertinente al aspecto en que ha reparado; y de ello tambien el que no se piense en la necesidad de haber desenvuelto todas las aptitudes naturales, antes de realizar ese cambio notable de estado, decisivo para todo nuestro porvenir. De estos errores está impregnada nuestra legislacion, la cual exige para el matrimonio como condicion necesaria la sola edad del cuerpo, sin cuidarse para nada de la edad y desarrollo del espíritu, mas importantes desde luego que aquella.

El lastimoso estado de la sociedad conyugal produce consecuencias fatales, en

tre las que son mas funestas el hastío de los esposos y la perversa educacion de los hijos: á la imperfeccion de la mujer se debe mucha parte en estos resultados desastrosos. Al hombre dedicado á la Ciencia sobre todo le hace desesperar el verse condenado á vivir perpétuamente con una persona, á quien no puede jamás hacer partícipe de sus conquistas en el terreno de la verdad; y la mujer de otro lado agota su paciencia viviendo con un hombre á quien ni comprende siquiera. Y luego, como nadie puede dar lo que no tiene, los hijos no pueden recibir, especialmente de su madre, esa primera educacion tan precisa como base para toda la ulterior enseñanza. Encuéntranse los padres á lo mejor sin medios para remediar los defectos de su propia obra, y entonces tienen que recurrir á medidas violentas y á castigos bárbaros, que antes bien pervierten que corrijen y que están llamados á desaparecer entre los seres dotados de razon y de conciencia.

Abundante cosecha de bienes pudiera,

recojer el hombre, si, reflexionando sobre los males presentes, tratara con interés de remediarlos; no debe ser negligente en su educacion; pero sin abandonarla nunca, debiera con empeño acometer la de su bella mitad, mas apremiante que la suya. En esa obra meritosa hé de emplear mis fuerzas, en la confianza de que si nada directamente consigo, será mi trabajo un llamamiento é invitacion á otros mas competentes, los cuales por sus pasos contados elevarán la condicion de la mujer, hasta ponerla en camino de reducir á verdad práctica la decantada igualdad de los dos sexos. No pretendo hacer la exposicion detallada de un plan completo para la educacion de la mujer, sino solo delinearle en sus rasgos principales, á manera de indicaciones ó puntos de atencion.

IV.

Por nuestros hábitos y manera ordi-

naria de pensar nos hemos hecho refractarios á la reflexion y á la severidad de sus leyes; las geniales inspiraciones de la fantasía, cautivando nuestro corazon, han fortalecido la tendencia idealista-sentimental de nuestra raza, y nos han incapacitado para la lenta y laboriosa indagacion de la verdad: las imágenes del poeta nos encantan, las concepciones del filósofo nos fatigan. Pero antes de confesar nuestra incapacidad é impotencia, preferimos combatir sistemáticamente los trabajos ajenos; no de otra suerte se declama tanto por la generalidad contra el lenguaje de la filosofía, tachándolo de oscuro é incomprensible, cuando lejos de residir la nebulosidad y la falta de comprension en las palabras ni menos en las ideas, se encuentran en el espíritu de los que las miran con maligna predisposicion, imposibilitados así para conocerlas. No obstante el error craso que envuelven perjuicios tales y aun á riesgo de incurrir en falta de precision y propiedad, cualidades necesarias en todo escrito,

procuraremos ser sumamente claros dentro de lo posible.

La obra de la vida es en último término toda nuestra obra; á ella se dirigen fatalmente todos nuestros actos y para su cumplimiento se mueven todas nuestras facultades. Ignorándolo el hombre y aun á su pesar tiene siempre su actividad en ejercicio; y las fuerzas interiores de ese total poder de acción, conocidas con los nombres de conocer, sentir y querer, realizan involuntariamente la esencia humana, no faltando ninguna de ellas en un solo punto y combinándose entre sí de todas las maneras posibles; y en este juego y recíproca influencia de todas nuestras actividades, de todas nuestras fuerzas y poderes se deja ver en toda su luz el auxilio y mútuo socorro que se prestan en su desarrollo, y se entiende como un progreso realizado en esta ó aquella sola dirección trae por su propia virtud otro progreso análogo en todas las restantes, al paso que la perversion de la inteligencia, por ejemplo, origina el ex-

travío de la voluntad, impurifica, corrompe el sentimiento, seca el corazón y descompone la vida. Pero si bien es cierto que á la larga el equilibrio perdido por la desigualdad de educaciou de nuestras facultades se restablece, no lo es menos que en tanto suele batallar el sujeto contra las excitaciones de sus malas tendencias, encontrándose hombres de un corazón purísimo y de inteligencia del todo inculta, hombres que han cultivado la ciencia y han perdido por completo su corazón, hombres que piensan rectamente y obran con iniquidad, y hombres en fin que no hacen sino bien y carecen de conocimientos y de afecciones racionales; esos hombres están desnaturalizados y mutilados, son, para decirlo de una vez, hombres á medias. Esta sencilla y clara reflexion muestra con evidencia la imprescindible necesidad de que la educacion sea extensiva á toda nuestra esencia y naturaleza, á todas nuestras facultades, á todas nuestras fuerzas, á todo nuestro ser; que la inteligencia, la voluntad,

el corazón sean atendidos con el mismo vivo y constante interés, no descuidando ninguno de ellos por el predominio exclusivo de otro; que no deben solamente cultivarse aisladamente cada cual en sí, sino también en el comercio concertado que mantienen sin trégua, por ser esta la manera habitual que tienen de manifestarse en la vida.

Sin esta base firmísima, sin esta base inquebrantable, sin esta base *real*,—no ideada pues que descansa en la misma naturaleza del ser que tratamos de educar—no hay sistema racional de educación posible; por que ha de entenderse bien que no es la educación algo como exterior y sobrepuesto; que no es la educación algo como debido solo al ingenio ó talento de los profesores, á la reputación, valor y crédito de los libros; lo exterior, el maestro, el libro, la sociedad, nos pueden dar y nos dan cada día medios de dirigirnos y encauzarnos; pero en rigor de verdad quien educa es cada cual á sí propio, y con los materiales que lleva consi-

go. Si de otro modo fuera, no se alcanzaría la razón de que el hombre rechace y corrija con frecuencia las preocupaciones de lo exterior, los errores de los maestros y la insuficiencia de los libros. Como el hombre no conozca el bien, como no lo ame y quiera realizarlo, no será bueno jamás, aun á despecho de todos los poderes, aún á despecho de todas las autoridades, aún á despecho de todas las influencias; de aquí que la misión del maestro, la enseñanza para la vida, el único medio para que el hombre llegue á ser bueno, es el de ponerlo en condiciones de conocer, amar y querer el bien: de aquí que los castigos, en el concepto y práctica corrientes, son medios inadecuados, irracionales, contraproducentes en la mayoría de los casos, venganzas feroces que nos obligan á reconocer con amargura la existencia de la terrible ley del Talion entre nosotros los civilizados. Tiempo es ya de vanagloriarnos menos con el dictado de racionales y de serlo un poco más en la práctica.

En vista de lo cual, debe la educacion corresponder en un todo al fondo y contenido de la humana naturaleza, la misma esencialmente en ambos sexos. Así la educacion de la mujer ha de comenzar, para ser recta, por inspirarse en el sentido indicado de comprension total de sus facultades, siendo este el espíritu que anime de todo en todo semejante obra. Desarrollar, pues, su inteligencia, purificar su corazon, fortalecer su voluntad y promover el equilibrio y la concordia en la unidad de la conciencia, verdadero soberano supremo, debe ser el pensamiento que presida á la educacion, llevando su eficacia y aprovechamiento hasta el mas pequeño detalle. Nuestro propio dominio, para dirigir, reformar y mantener el vigor de nuestras fuerzas en regular y proporcionado movimiento, es condicion que debe coronar el edificio de la vida, cuyos fines todos deben ser á la par ordenandamente cumplidos. De olvidar en este proceso la cultura de los sentimientos y su necesaria participa-

cion, resulta por necesidad la formacion de caractéres helados, sin otro móvil que el interés ni otra lógica que el cálculo; buena muestra nos dan de ello la mayor parte de los políticos contemporáneos, los cuales acostumbran decir que la política no tiene entrañas, sin mirar que no la política sino sus sacerdotes son los que tienen perdido el corazon. El olvido de la cultura intelectual crea por el contrario caractéres impresionables, esclavos de la pasion, héroes aquí, criminales allá: los extravios de la clase del pueblo no reconocen mas causa que esta. La falta, en fin, de cultura para el hacer en la voluntad, ocasiona la debilidad, la apatía, la indolencia y la aversion al trabajo. Fácil será ya para cualquiera, dadas semejantes indicaciones, reconocer que no son puramente teóricas, sino de aplicacion práctica decisiva, lo mismo para el hombre que para la mujer.

Los fines capitales de la vida, Ciencia, Arte, Religion, Moral y Derecho, deben ser reconocidos y realizados mediante la

simultánea cooperacion de todas nuestras facultades. Cultivados con esmero y solicitud, enseñan á conocer, amar, respetar y servir á Dios, á la Humanidad y á la Naturaleza, amenizando la existencia, embelleciéndola, haciéndola rica en verdades, sentimientos y bienes, y sofocando y hundiendo en el polvo la inmensa carga de males que la limitacion del tiempo y de la historia oponen á cada paso en nuestro camino. Principios indispensables son estos, de que nadie racionalmente puede eximirse, que nadie puede desdeñar y pasar por alto: el hombre como la mujer, los individuos como los pueblos necesitan afirmarse en ellos, para que á manera de columnas graníticas sostengan el alcázar de nuestra conducta contra los embates de toda escitacion ilegítima. Sin conocimientos, sin afeciones, sin obras, no hay vida posible; sin alguna Ciencia, sin algun Arte, sin alguna Religion, sin alguna Moral, sin algun Derecho, no se concibe el hombre; mas para que el hombre sea lo que debe

ser, es preciso que sus conocimientos sean verdaderos, sus afecciones puras, buenas sus obras. Este es el cargo de la educacion y sus principales resortes y caminos. Tengámoslos muy presentes en la educacion de la mujer, con las reservas y limitaciones que iremos señalando.

A)—La Ciencia: este es el primer capítulo en el plan razonado de toda educacion y el que en realidad (para la enseñanza) los resume todos. En efecto; la Ciencia que no es sino el conocimiento claro, verdadero, ordenado de las cosas debe preceder á todo acto, si ha de ser efectuado con conciencia; de no hacerlo así proviene la falta de direccion y de norte, la lucha continúa del espíritu y el desaliento en el ánimo. No es lo natural que la mujer se dedique á la Ciencia como fin ni profesion, dadas sus condiciones; lejos de nosotros tal pensamiento, creemos que la mujer, representante en la tierra de la belleza celeste, es artista por naturaleza y artista en el género de lo bello: la música, la poesía, el canto,

la pintura tienen en todas las mitologías mujeres por deidades, y en todas las épocas hallaron los pinceles y la cítara en la mujer fuentes inagotables de inspiración divina. Mas no por esto ha de ser la Ciencia un misterio cerrado, infranqueable para la mujer; antes por el contrario necesita de ella indispensablemente, aunque hasta cierto límite y grado que debemos nosotros reconocer aquí.

I—Toca en primer lugar hacer de modo que la mujer entienda la obligación de buscar la verdad con amor y pureza de motivos; no primeramente por aparecer instruida y presumir de ilustrada, no por valerse de la verdad para comerciar y lucrarse con ella, no por satisfacer una mera curiosidad a veces insensata; sino antes que todo porque la verdad es un bien para el espíritu y nos debemos siempre y en todo momento al bien, como fin de nuestras facultades. Y así es como la Ciencia comienza siendo una obra edificante y moral. Pero así como la moralidad acompaña á la Cien-

cia en sus primeros pasos, así tambien la Ciencia debe aclarar y fortalecer los principios de la Moral, para que arraiguen en nosotros y nos sirvan de luz por toda nuestra vida. En este punto es donde la Ciencia derrama beneficios sin cuento, lo mismo para los individuos que para las sociedades; en este punto es donde ejerce sus influencias mas preciosas; enseñando la naturaleza del bien, la necesidad imprescindible de realizarlo, las reglas prácticas para su aplicacion en las acciones, los deberes morales que nos ligan con la Naturaleza, con el Espíritu, con la Humanidad y supremamente con Dios, es la Ciencia la verdadera y mas autorizada maestra de la vida, el bálsamo de los dolores, el regulador de las costumbres, la brújula salvadora de todos los escollos, el freno de la pasion y el áncora divina que nos mantiene firmes y confiados en medio de las repetidas tormentas que conmueven los ejes de la sociedad en que nacimos.

2—A la vez que moral ha de ser ade-

más la Ciencia religiosa; la mujer ha de entenderlo así á poco que piense en ello. Dios, que es la suma de todas las perfecciones, es la verdad absoluta é infinita, inmutable y eterna; la Ciencia llevándonos á la verdad, nos acerca á Dios mismo, nos pone en relacion cada vez mas íntima con él, nos lo hace presente por todo momento y en toda obra, y su voz elocuente doquier para la conciencia, nos ayuda y sostiene en la ciencia como nos ayuda y sostiene en la vida. Entonces la verdad nos aparece revestida de encantos y de atractivos, nos cautiva, nos hace suyos, y con esto tambien hijos de Dios en espíritu y en verdad. Y así de igual manera y en amorosa mútua correspondencia debe de ser la Religion reflexiva, científica: entender y respetar con fervoroso anhelo las inspiraciones nativas del espíritu, que son mandatos directos é imperativos del Ser Supremo; escuchar esa conversacion constante de Dios con nuestra alma para informarnos de su divina voluntad; poner toda nuestra aficion en

practicarla con solícitud, con prudencia, con modestia y con arte, es todo lo que pide la Religion, cuando se aparta del fanatismo y las preocupaciones que han hecho de esta suprema relacion un caos incomprendible de prácticas exteriores, que la razon rechaza y condena, caminando apacible y bellamente á la clara y suave luz de la verdad. No es difícil llamar la atencion de la mujer para que conozca lo que constituye en realidad el fondo de la Religion, é interesarla para que haga de ella una cosa mas seria de lo que está siendo hasta el dia.

La mujer, nacida para amar, es religiosa por naturaleza. La Religion que no reclama sino conformidad en la vida con los designios de Dios; fé y esperanza en su bondad y justicia inefables; caridad, tolerancia y amor para todos los hombres, amor para todas las creencias, amor para todos los cultos, amor para todo lo bueno, bello y verdadero; la Religion que es toda amor, es de suyo simpática á la mujer. Por eso merece mayores cuida-

dos su educacion religiosa que ninguna otra rama de la educacion; pero es necesario que sepa convertir sus ódios á los demás por las diferencias de culto en amorosa tolerancia, concluyendo con todas las divisiones y discordias reinantes, que entienda que no hay mas religion que una, como no hay mas que un solo Dios para todos los hombres; que no está lo esencial de la Religion en el cumplimiento de ciertos ritos y formalidades exteriores que nada dicen, que nada enseñan, y que si son respetables] es solo en cuanto traducen un sentimiento y aspiracion divina del espíritu; que la Religion es una relacion personal, personalísima, inmediata y continúa de Dios con todos y con cada uno de los hombres, mediante la conciencia, que en esa relacion está constantemente hablando la conciencia con Dios y Dios con ella, inspirándonos á todas horas lo mejor, y comunicándonos de esta manera su *gracia* santificante para el que la recibe con rectitud y pureza.

Faltan á la verdad á sabiendas los que

llaman irreligiosos á los que de esta manera pensamos; faltan á la verdad á sabiendas los que en nombre de la Religion enarbolan el estandarte del fratricidio; faltan á la verdad á sabiendas los que en nombre de la Religion atizan hogueras y levantan cadalsos. No somos irreligiosos los que pretendemos unir á todos los hombres en la Religion del amor y de la tolerancia universal en nombre de Dios; no somos irreligiosos los que predicamos la caridad en todos los lugares, la caridad en todos los tiempos. No hay mas que un altar, no hay mas que un templo, no hay mas que una Iglesia, no hay mas que una Religion, no hay mas que un solo y mismo Dios para todos los hombres; no hay mas que una naturaleza en todos ellos, y ninguno, absolutamente ninguno vive sin Religion; ninguno, absolutamente ninguno sin Dios es posible que viva: el ateo lo negará con sus lábios, y ese pobre ateo lo pregonará con sus obras. Que no es el Dios que niega el ateo el Dios-Verdad que lleva eternamente consigo, el Dios

Verdad, cuyos consejos y mandatos escucha y acata: el Dios que niega el ateo es el Dios ira, el Dios cólera, el Dios vengativo; el Dios que niega el ateo es el Dios con que viven ciertas instituciones y ciertos hombres; el Dios que niega el ateo es el Dios misterioso y oculto de la teología, es ese Dios que nos pintan sobre el mundo y fuera del mundo, Dios con favoritos, Dios con escogidos, Dios con camarillas, Dios á quien es necesario dirigirse como á un rey constitucional por medio de sus ministros responsables. El Dios que vive en el mundo, que anda entre nosotros, que nos habla y que nos dirige, que nos consuela y nos ayuda. Oh! ese Dios no lo niega el ateo, no puede negarlo. Ese es el Dios que la mujer ha de ver para ser verdaderamente religiosa, no necesita mediaciones ni favoritismo: que mire á su conciencia y en ella encontrará seguramente á Dios; que mire á su conciencia, que sea buena y en tanto que mas se perfeccione, verá mejor los resplandores de la Divinidad. En

un plan completo de educacion debe ampliarse y detallarse este sentido religioso, en armonía con las ideas y necesidades de los tiempos modernos; la índole reducida de nuestro trabajo no nos permite salir de estas indicaciones.

3—Para que la Ciencia de la mujer, para que sus conocimientos formen un bello y ordenado organismo y sistema lo mismo que toda su vida en la riqueza de sus diversos fines, importa no descuidar su educacion artística; y de este modo, al paso que el Arte viene á prestar delicada disposicion y rítmica cadencia (simetria y armonia) á la série de sus conocimientos, la Ciencia tambien por su parte esclarece las leyes de la actividad para la produccion artística en bellas obras, dándole agilidad y aptitud para informar en la naturaleza y por sus medios (el lienzo, la piedra, el instrumento músico, etc.) las divinas concepciones de la imaginacion y los matices todos del sentimiento. Así esta facultad será atendida como merece y no relegada como se

encuentra hoy su educacion dejará de ser cuestion de mero adorno, para convertirse en elemento esencial educador del espíritu; así las llamadas artes liberales especialmente saldrán de la postracion en que al presente yacen; y con nuevos, magníficos ideales, tomados de pensamiento contemporáneo y de los presentimientos que nos circundan, producirán obras grandiosas, dignas de la Humanidad, en vez de esos engendros ridículos, con que el corazón se seca y el gusto se pervierte. ¡Mentira parece que el can-cán y la zarzuela bufa sean las manifestaciones vivas del arte en nuestro tiempo!

La educacion en este punto debe limitarse á reconocer las fuentes vivas de la inspiracion para lo bello, estudiar la actividad total del espíritu y la voluntad como fuerza de produccion para toda obra, indagar sus leyes, y dar despues reglas prácticas fundadas en aquellos principios y adecuadas al género de manifestaciones estéticas á que lleve la vocacion de cada uno. Si para todos es esto de capital im-

portancia, lo es mucho mas para la mujer por la trascendencia que tiene en la cultura de sus delicados sentimientos.

4—Por lo que al Derecho respecta, ya hemos hecho algunas indicaciones, criticando el estado presente, sobre la manera de considerarlo en lo que á la mujer se refiere, y no hemos de detenernos mucho en el exámen de esta relacion. Bástenos saber que es necesaria para la vida, y que como tal, merece atenciones y cuidados. Por la mision de la mujer en la sociedad, mas especialmente realizada en el seno de la familia, conviene que conozca el derecho de esta con las facultades y obligaciones que lleva consigo. Dos partes principales debe abrazar semejante estudio: el matrimonio, base de la familia, y la filiacion que la completa. Entender como la union matrimonial ha de ser total y perfecta para todos los fines y para todas las relaciones, guardar circunspeccion y dignidad en ese estado para asegurar su felicidad y la de su cónyuge, entendiendo que esta no es sino la

satisfaccion natural consiguiente del buen pensar y vivir, y ser tolerante con su consorte en sus opiniones y creencias, son los principios en que descansa la enseñanza que al matrimonio concierne. La que se refiere á la conducta para con los hijos debe ser presidida por la conviccion de que los padres, mas que un poder absoluto y despótico, es una cariñosa tutela lo que deben ejercer sobre aquellos y que estos por su parte no deben temer, ni depender á manera de siervos de los gefes de la casa, sino antes por el contrario deben amar á sus padres y guardarles una racional y razonada, no ciega sumision, teniendo cada vez mayor influencia, segun la edad, en las decisiones domésticas, hasta que llegue el dia en que desarrollados completamente, se emancipen de toda tutela y puedan constituir una nueva familia.

Un interés decido y un propósito firme de educarse por parte de la mujer, una direccion constante y esmerada por parte del hombre y una enseñanza ame-

na, deleitosa y sencilla que desenvuelva y amplie de todas las maneras y en todas las formas los principios llanos y evidentes, arriba sentados, pueden asegurar á la mujer una educacion, que realce en vez de oscurecer y desvirtuar la inefable valía de su fondo bellissimo. Es obra muy fácil y hacedera emprendiéndola con interés y prosiguiéndola con constancia: es imposible de todo punto si se toma como cosa de mera distraccion y pasatiempo: no es trabajo de un dia ni de solo un esfuerzo; es trabajo de toda la vida, y de esfuerzos continuos. Pero no se necesitan dotes especiales de talento, sino paciencia y voluntad de bronce, adquiridas á muy poca costa con la formacion de buenos hábitos; y una vez puestos en camino, recobra el corazon la dicha que ha perdido y encuentra en todo ocasion y motivo de bendecir su tranquila existencia.

Hagamos para concluir algunas indicaciones sobre medios aplicables á la educacion de la mujer en armonía con la cultura contemporánea.

Los que niegan el espíritu y su propia virtualidad, contestan al espectáculo grandioso de las conquistas humanas en el orden moral como en el físico, diciendo que todo eso no es obra del individuo, sino de la sociedad, fuera de la cual nada hubiera hecho por sí, y en son de triunfo aseguran, que si se redujera á completa clausura é incomunicacion al hombre desde que nace se encontraria al cabo de algunos años convertido en una fiera imbecil é indomable; lo cual equivale á decir que el pez no tiene fuerza, ni vida, ni actividad ninguna, sino el agua, pues que fuera de ese elemento perece muy pronto. Mas aparte de este y otros ejemplos, que por los ridículos pudieran remover la bilis de aquellos sábios, una sencilla reflexion sobre la vida de la humanidad en la tierra y sus progresos cumplidos, muestra muy á las claras lo absurdo de aquella presuntuosa afirmacion. Remontándonos gradual-

mente por la série del tiempo pasado á las primeras edades en la historia de nuestro planeta, hallaremos en un punto las condiciones de éste tales, que fuera posible en él la existencia de nuestra especie; y entonces, ó espontáneamente merced á las fuerzas naturales ó gracias á una mano suprema y fuera del mundo (como cuentan las mitologías) el hombre apareció sobre la tierra. Fuera un solo par humano ó fueran muchos,—que todo esto se mantiene en el terreno de la opinion mas ó menos razonada,—los que comenzaron á poblar este suelo, lo importante es notar que aquellos, nuestros primeros padres, se encontraron en la desnudez mas completa de ideas y de ropajes, inocentes del todo y del todo ignorantes. Despues, esos mismos hombres han comenzado una obrano interrumpida hasta hoy, y nos hallamos con que ahora, tenemos idiomas, ciencias, artes, religiones, ferro-carriles, telégrafos, etc.; ¿cómo fuera posible que la sociedad y no el individuo consiguiera tanto por sí sola, si

Los individuos que se asocian no tuvieran fuerzas propias á la par que comunes, al menos para entenderse en la manera de concebir y ejecutar tanta y tanta obra? ¿Quién que atienda á sí mismo podrá desconocer las fuerzas y propia virtualidad del espíritu? Nadie.

Lo cierto sí desde luego es que el hombre vive en el tiempo, que su vida es muy corta, y que sin el auxilio de la sociedad que guarda la sagrada herencia de todas las generaciones, su progreso seria excesivamente limitado y no lograria alcanzar el grado de adelantamiento á que ha llegado con la ayuda de sus semejantes. Hay mas; ese estado de aislamiento y separacion es absurdo como contrario á la realidad de las cosas; el hombre á la vez que un todo (en cuyo concepto es inviolable), es parte de otro todo superior y de otros todos mas altos hasta el Supremo Todo que llamamos Dios; y segun esta doble naturaleza tiene el hombre dos vidas, dos modos de vida: uno que hace consigo mismo—vida individual,—y otro

que hace con todos los demás seres, manteniendo relaciones exteriores y especialmente con sus iguales—vida social.— Uno y otro modo de vida son necesarios para todos los seres finitos; solo Dios no mantiene relaciones exteriores y por eso decimos que Dios se recrea y se contempla en su propia obra eternamente.

Ahora bien: la educacion y la enseñanza deben seguir por todos sus pasos la realidad de los seres á su divina influencia sometidos, si no han de contradecir y torcer en lugar de enderezar y dirigir las nativas tendencias del espíritu. Así la educacion de la mujer cuenta con dos clases de medios del todo distintos, pero enteramente conformes con su naturaleza y modo ser: medios que pudiéramos llamar individuales y medios sociales: los primeros, que se refieren á la educacion que hace la mujer, por sí y para sí con su solo trabajo, y los segundos, que pone la familia ó la sociedad y que la mujer debe aprovechar haciéndolos suyos; sin cuya última condicion de

nada servirían todos los recursos puestas á nuestro alcance por los elementos extraños que nos rodean. Los padres son por naturaleza y por deber los primeros maestros y los primeros directores, debiendo ser la educación de los hijos la obligación mas sagrada para ellos; sobre todo importa en esa primera edad y primera enseñanza la formación de firmísimos hábitos para el bien, el amor á la dignidad y la libre despreocupación del espíritu; luego que esté en camino la mujer de semejante manera iniciada, se le debe enseñar á pensar por sí propia, y á encontrar en su conciencia las reglas de lo verdadero, de lo justo y de lo bueno, tanto para conocerlo cuanto para sentirlo y practicarlo. Importa igualmente fortalecer su convicción de que la felicidad es un fantasma ilusorio, cuando tras ella nos precipitamos descuidando lo demás y mas importante, y una realidad siempre viva, cuando cumplimos con religiosidad nuestro deber. Así preparado el espíritu por una lenta y ca-

riñosa predicacion y consejo continuo de los padres y dispuesto el corazon de la mujer tan bellamente por el ejemplo de la madre con especialidad, se encuentra con aptitud suficiente para desarrollar su educacion, valiéndose de los medios que la sociedad pueda ofrecerle en su tiempo.

La asociacion, como indicamos en otro lugar, allegando cada asociado sus fuerzas para producir mayor cantidad de vida y movimiento, es medio empleado ya hoy con éxito laudable. La cooperacion prestada por los hombres mas ilustres de nuestra pátria á las asociaciones de señoras, fundadas en Madrid, las ha hecho altamente provechosas y recomendables en grado sumo. De desear es que este ejemplo se siga en todas partes, y la educacion de la mujer llegará muy pronto á un estado de florecimiento digno de su naturaleza, digno de la Humanidad y digno del Supremo Hacedor, que para algo ha dotado á la mujer de la racionalidad que la distingue.

Cuando se toquen bien de cerca los resultados de estos procedimientos y de estas enseñanzas, terminará esa pesadilla comun y vulgar de que la mujer no tiene mas profesion, ni otro porvenir que el matrimonio; entonces la que no sienta vocacion para ese estado, utilizará sus facultades, empleándolas en una profesion digna y suficiente; y la que haya nacido para casada, sabrá cumplir las obligaciones de esposa y de madre, tan delicadas de suyo, al par que el hombre dedicado á tareas del pensamiento y que viva para la Ciencia, encontrará una compañera á quien hacer partícipe siquiera de su satisfaccion al descubrir una verdad, al resolver un problema difícil, cosa por lo ignorada chocante en nuestros dias,

Vamos á terminar con una observacion que justifique la ejecucion del presente trabajo. Teniamos la segura, segurísima conviccion de que las obras de esta índole alcanzan en nuestro tiempo y en nuestro país escasas simpatías: sabíamos

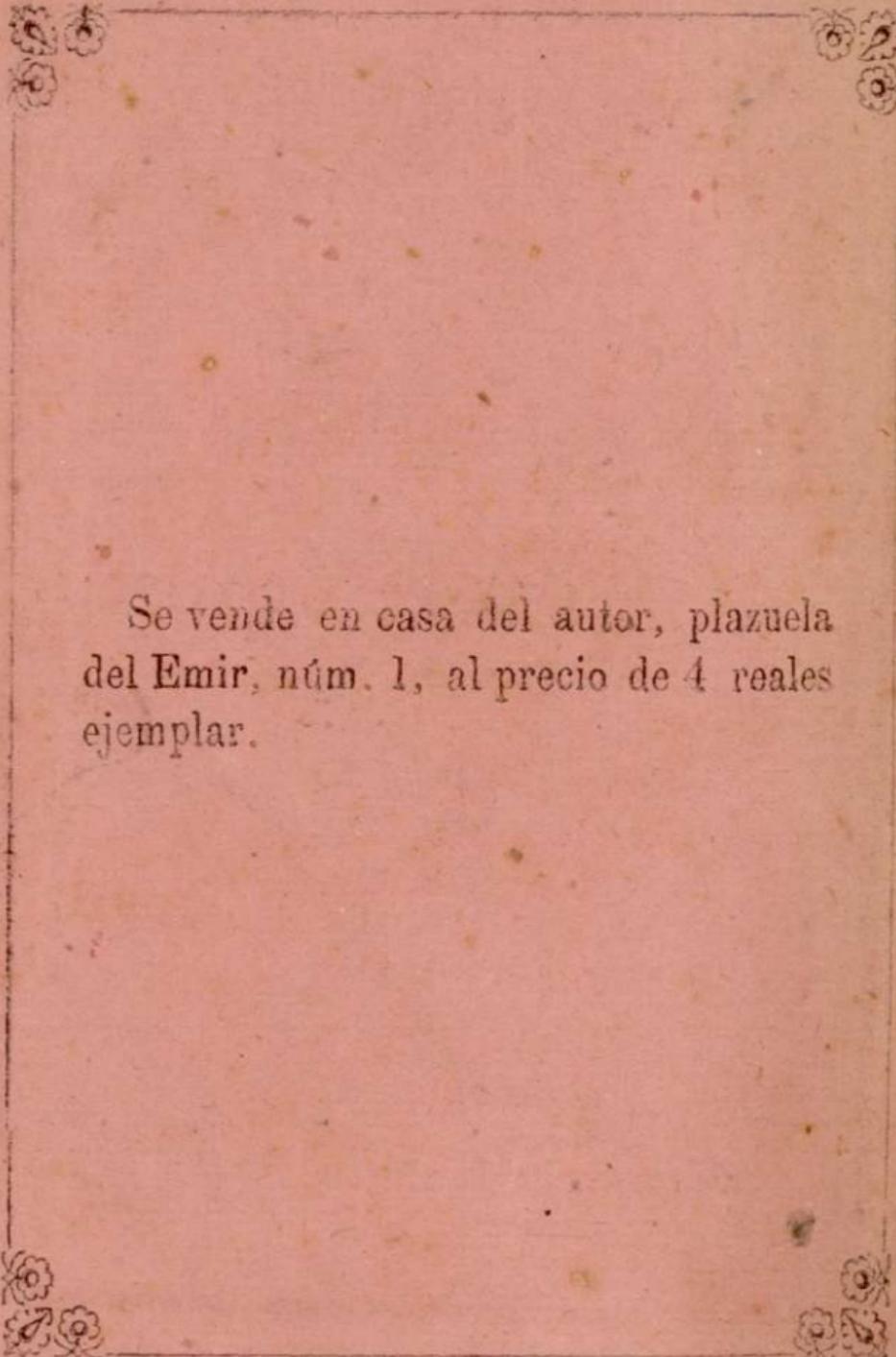
de antemano que no hemos de lograr muchos frutos; sabíamos que el aturdimiento y aparente riqueza de la vida diaria son un obstáculo casi invencible para que la mujer se fije en cosas serias; sabíamos también que al mayor número no le pasa siquiera por los mientes que sea posible un estado superior en la mujer; todo esto y mas sabíamos nosotros. Pero como no ignorábamos tampoco que la mujer, y la mujer española especialmente tiene dotes estimables y de inmensa valía, una inteligencia agudísima, una imaginación de fuego y un corazón precioso; como no ignorábamos que estas prendas están llamadas á hacer prodigios con solo despertar el interés por lo grande y por lo bueno; como estábamos convencidos de la posibilidad de lograr buenos efectos y teníamos conciencia de nuestro deber en procurarlo, nos hemos decidido á llamar la atención distraída de todos, para que aprovechando estas ligeras é imperfectas indicaciones, vayan laboriosamente desarrollándolas y explicándolas, has-

ta formar un plan completo de educacion de la mujer.

La dificultad en la expresion de algunas ideas, por su novedad poco conocidas, hacen aparecer como oscuros algunos conceptos, que son en sí muy claros, pero que requieren alguna reflexion y alguna paciencia; nosotros aconsejaríamos la repeticion de su lectura y la atencion sostenida, confiados en que así serian fáciles de comprender.

Dos palabras á la mujer: su educacion es muy fácil; libros, explicaciones, direccion no han de faltarle nunca; pero cuando todo esto le falte, en su conciencia tiene el mejor de los libros, un espejo de toda la realidad; y para la explicacion de su rico, precioso contenido, lleva consigo tambien al mejor de los maestros, lleva á Dios mismo, que cuando con lealtad y pura intencion se le consulta, responde. Con su constante ayuda y con el propio trabajo, el hombre y la mujer obrarán rectamente, el hombre y la mujer serán felices.

La educación de la mujer.
La educación en la expresión de signi-
ficados, por su novedad poco conocida,
hacen aparecer como oscuros algunos
conceptos, que son en sí muy claros, pero
que requieren alguna reflexión y alguna
preparación de otros conceptos para la re-
cepción de su lectura y la atención sobre
ella, cosas que en que así sería la tarea
de comprender, y en que así sería la
tarea de la mujer en su educación.
Es muy fácil, libros, explicaciones, di-
stintos, por de tal modo, nunca, pero
cuando todo esto se halla en un concepto
de una mujer, los libros, un espejo
de la realidad, y para la explicación
de su vida, precisa contada, lleva con-
sideración al mejor de los maestros.
Hay a veces niños que cuando son los
más pequeños, se le consulta, res-
ponde. Con un constante, y con el
propósito de los libros y la mujer, se
conviene, y la mujer, y la mujer, y



Se vende en casa del autor, plazuela
del Emir, núm. 1, al precio de 4 reales
ejemplar.